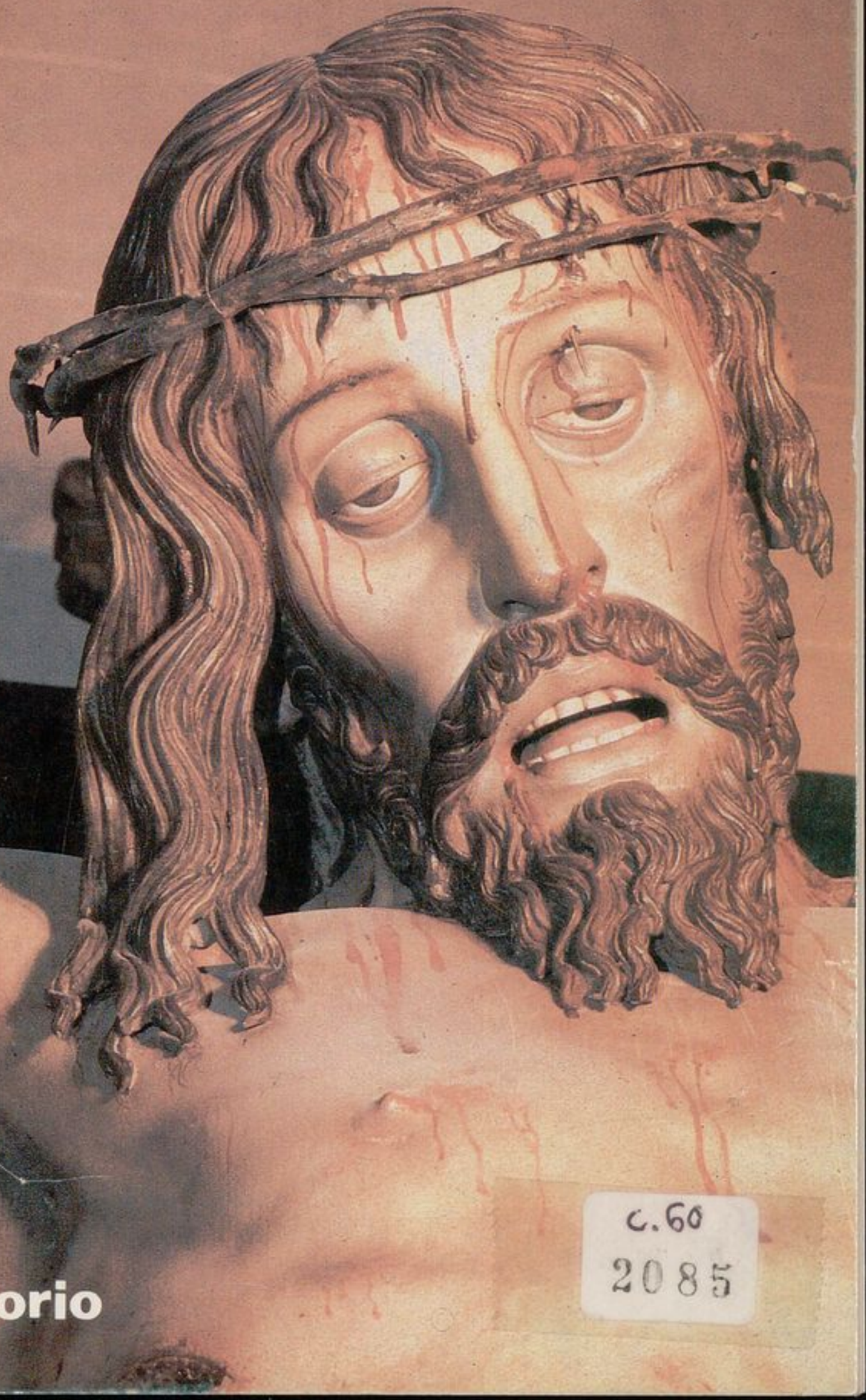
Pregón de la Semana Santa Valladolid 1986



c.60
2085

Por: Godofredo Garabito Gregorio

ARCHIVO MUNICIPAL

1162487

C. 60 - 2085

Ayuntamiento de Valladolid - Archivo Municipal -

R. 5062

FOL 4040-1

JUNTA DE SEMANA SANTA

SEMANA SANTA EN VALLADOLID
PREGON 1986

Godofredo Garabito Gregorio

EXCELENTISIMAS E ILUSTRISIMAS AUTORIDADES,
MIEMBROS DE LA JUNTA DE SEMANA SANTA
Y DE LAS COFRADIAS VALLISOLETANAS,
SEÑORAS Y SEÑORES:

Desde hace mucho tiempo, siempre he pensado que para enjuiciarnos o calificarnos a las gentes de Valladolid, suele formularse una especie de ecuación en la que se nos iguala a los conceptos de austeridad y seriedad. Quizá como ocurre con la mayor parte de nuestra Castilla.

Y si es que somos así ¿para qué vamos a negarlo?... Las expresiones culturales, religiosas e incluso festivas de los pueblos, sus tradiciones en resumen, es posible que constituyan, como datos, las más ricas aportaciones para escribir una historia real, viva, veraz, de ellos mismos, y, en consecuencia, entiendo, que si a nosotros nos ven a través de nuestra Semana Santa, hacen bien los demás en ponernos en el exacto lugar en que nos ponen: como gentes austeras y serias.

Hace muy pocos días, Valladolid, todos los vallisoletanos, hicimos vecino de honor a Gregorio Fernández, a los trescientos cincuenta años de su muerte, acaecida en esta ciudad a la que llegó un buen día para instalarse, vivir, morir y legarnos el ejemplo de toda una impresionante obra escultórica, impregnada de eso, justamente, de austeridad y seriedad. En definitiva, de vigor y de esfuerzo.

Trabajó, en síntesis, Gregorio Fernández con los materiales que tenía, con la simple y sencilla madera, y el resto lo puso él. Es decir, lo puso todo.

Viene a cuento todo esto para explicar de modo simple, que siempre he creído y creo en la ternura con la que se hacen las cosas, y que en la Semana Santa de Valladolid, para ser la manifestación excepcional que es, ha habido a través de los años y de los hombres, mucho amor, mucha ternura y calor de pervivencia.

Donde se rompen las esquinas de los Montes de Torozos y la Tierra de Campos, en el páramo, allí, exactamente allí, nació Godofredo Garabito por vez primera, que fué dónde le nacieron, y se empeñó después también, en nacer otro poco aquí, en Valladolid, la Ciudad en que ha puesto cariño y ganas de hacer cosas: escribir, dar conferencias, crear empresas...

Adoptar, en fin un compromiso imaginativo y dinámico, que le hacen ser, a la vez Academico de Bellas Artes de la Purísima Concepción, defensor de una causa tan nuestra como es la música lírica o enamorado profesionalmente de las antigüedades, de la pintura o una modesta y triste piedra que encuentre puesta junto a un árbol y con sabor a siglos.

Godofredo quiere a Castilla, y se nota en sus versos:

"Torre de campanas mudas,
humilladero de Cristo,
murallas rotas de fuerza..."

Esa es su propia palabra y de razón es que conozca el contenido profundo de nuestra Semana Santa, cuyo Pregón en este año de 1986, ha de ofrecernos ahora.

De antemano, Godofredo, mi felicitación en nombre del Ayuntamiento y de la Ciudad de Valladolid.

A todos, muchas gracias...

JOSE MANUEL GONZALEZ LOPEZ
Tte. de Alcalde
Delegado de Cultura

DONDE LA REDENCION SE HACE CARNE EN LA MADERA

Pregón de Semana Santa en Valladolid

San Benito 14-Marzo-1986

Godofredo Garabito Gregorio

INDICE

I SALUTACION ..... Pág. 13

II ARGUMENTACION PROFETICA ..... Pág. 15

III ESPAÑA, ESENCIA DE EUROPA ..... Pág. 19

IV LAS CINCO PRIMERAS COFRADIAS ..... Pág. 25

V SEMANA SANTA EN POPAYAN (AMERICA) ..... Pág. 33

VI SEMANA SANTA 1986 ..... Pág. 37

I

Excmo. y Rvmo. Sr. Arzobispo de Valladolid, Excmos. e Ilustrísimos Señores. Señoras y Señores:

Mi gratitud más sincera al Ilmo. Sr. Alcalde de Valladoid por su amable presentación. Igualmente mi gratitud a la Junta de Semana Santa, a todos los presidentes de las cofradías y hermandades, cofrades y hermanas de devoción, así como al Secretario de la misma D. Francisco Fernández Santamaría, de quien ya dije cuando era Alcalde de la Ciudad, y vuelvo a repetir hoy, que es «Ome de claras mientes e preciadas dotes de gobierno e acusada virtud en la paciencia e bon corazón». A todos, Comunidad de San Benito, Doña Eloísa García de Wátemberg por su aportación a este acto, radio y prensa, señoras y señores. Muchas gracias.

Es para mi un alto honor ocupar en esta tarde de viernes esta tribuna pregonera. Y más honor en cuanto que hace cerca de diez años

pude pregonar la Semana Santa Vallisoletana, y, por circunstancias que no vienen al caso, hube de renunciar. Aquel pregón que tuve escrito sería leído al año siguiente en Madrid, por invitación del General Lobón, a la sazón presidente de la Casa de Valladolid en la capital de España. Igualmente, el año pasado, y por encargo de Juan José Cantalapiedra, actual presidente de nuestra casa en la Villa y Corte, pronuncié el pregón de nuestra Semana Mayor en la Iglesia de la Santa Cruz de la Calle Atocha, y hoy me cabe la responsabilidad de estar aquí.

II

Tres personalidades en la historia. Tres épocas distintas de la vida. Tres genios literarios de la humanidad: Un poeta. Un profeta. Un rey.

Un poeta que murió sin concluir la Eneida, rogando en el último instante de su vida que se quemaran los manuscritos del poema que le ocupó gran parte de la misma, por no haberlo terminado y parecerle imperfecto. Se opuso el Emperador Augusto a su postrera voluntad, salvando del fuego inclemente la gran epopeya romana. Un poeta que nos legó, además, diversas obras de género pastoril, por las décadas anteriores al nacimiento de Cristo, cuando el pueblo judío estaba sometido a Roma, a la que San Juan, en su Apocalipsis, llamaría «Babilonia la Grande». (Cfr. Apoc. XIV, 8; XVII, 1 - 18; XVIII. 1 - 24).

Un profeta que comienza su ministerio allá por el año 737 a. de J.C., en el que murió el rey Ozías, y desempeñó su misión durante el

reinado de Joatan, Ajaz, Ezequías y Manasés. En los capítulos 52, 13; 53, de su libro nos transmitió el llanto profético del Siervo de Yavé.

Un rey, poeta y músico, que danzaba delante del Arca de la Alianza. Salterios, adulfes, flautas, arpas y címbalos le acompañaban a su danza para dar mayor gloria al Dios de Israel.

De la tribu de Judá y origen de la dinastía davídica, este rey, que vivió y reinó en el siglo X antes de Cristo, nos dejaría un claro testimonio profético a través de sus salmos.

Tres personajes en diferentes circunstancias históricas, sociales, culturales y religiosas. Los tres habrían de cantar en tono lírico distintas profecías.

El poeta mayor de los romanos, Publio Virgilio Marón, nos narra, en su égloga *Polión,* el oráculo de la Sibila de Cumas, y, apoyándose en él, dice: «Cantemos, ¡oh musas sicilianas!, asuntos algo más levantados», vaticinando que «ya empieza de nuevo una serie de grandes siglos», para después, invocando a la casta Lucina, protectora de los alumbramientos, pedirle que favorezca «al recién nacido Infante, con el cual concluirá, lo primero, la edad de hierro, y empezará la de oro en todo el mundo».

Yo me pregunto: ¿Sería este niño, cuyo nacimiento anunciaba Virgilio, en su égloga IV, el Mesías tan esperado por el pueblo judío?... ¿Sería ese tiempo nuevo el alumbramiento de una nueva era, en la que el nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo marcó el Universo con un Antes y un Después?

De otra parte, el profeta Isaías, con siglos de anterioridad, componía el celebérrimo Poema del Siervo de Yavé. En él, enfatiza cómo el Mesías «Maltratado y afligido, no abrió la boca, como cordero llevado al matadero... Fué arrebatado por un juicio inicuo, sin que nadie defendiera su causa, cuando era arrancado de la tierra de los vivientes y muerto por las iniquidades de su pueblo. Dispuesta estaba entre los impíos su sepultura, y fué en la muerte igualado a los malhechores; a pesar de no haber en él maldad ni haber mentira en su boca».

Siglos antes, el rey David, el hijo de Jetsé, nos dice en el salmo XVI, 10, «no dejarás tú mi alma en el sepulcro, no dejarás que mi sangre experimente la corrupción».

Como antes Virgilio previó el Nacimiento de Isaías profetizó la Pasión, el Rey Poeta ¿No anuncia con esas palabras la resurrección del rebrote de su estirpe, Jesucristo el Mesías?.

Todo el Misterio de la Redención, amén de otras múltiples profecías, se deja ver claro y terminante, dentro de líricos conceptos, que hablan por boca de Virgilio del Nacimiento de un Niño y ponen en la de Isaías su toque de Pasión y Muerte por las iniquidades de su pueblo. Y el rey David exulta por su Resurrección, ante el sepulcro donde no se permitirá la corrupción.

Un niño, el Niño, que nace. Un hombre, el Hombre, que muere, a la edad en que se dice mueren los héroes, como Alejandro, y los enamorados, como Garcilaso, y que, por ser Dios, resucita, venciendo a la muerte... Y todo ello dicho y cantado desde aquellos siglos de los reinados de Saúl, de David, de Salomón... Y, al sucederse los siglos, el flujo y reflujo de grandeza y adversidad del pueblo

de Israel, se verá marcado por el cautiverio de Babilonia y la destrucción de Jerusalén, hasta la llegada del Mesías al que un poeta gentil, sin ser rey de Israel ni profeta del pueblo de Dios, cantaría en los mismos umbrales de su nacimiento.

III

Pregonar la Semana Santa Vallisoletana es y será siempre un aldabonazo al sentimiento cristiano de la vida, mucho más cuando las circunstancias no son las más propicias para fomentar el sentir religioso de un pueblo que, tradicional e históricamente, vivió, no sólo de cara a él, sino sobre todo para él, incluso llevándolo a públicas muestras de piedad. Y todo ello sin saber casi dónde están las raíces y hasta dónde ha llegado el ramaje o los frutos de este árbol de espiritualidad que, desde Valladolid, -mejor dicho, desde toda Castilla-, irradia a España y, por ende, a todo el Viejo Continente, sin olvidar la América descubierta por Colón y evangelizada por España.

Mas un pregón, que viene a ser una llamada anunciadora de algún acontecimiento y una invitación a participar, no puede, no debe dejar de ser actual. Por ello, en estos momentos en que con tanto énfasis se nos habla de «ser Europa», habrá que proclamar a todos

los puntos cardinales que España ha sido y es parte de la sustancia de Europa. Su civilización, su cultura, su arte, su religiosidad misma están enraizadas en lo profundo de la entraña europea.

Una ligerísima mirada por los anales de la historia nos dará la razón. Podemos mencionar a grandes rasgos la Europa de San Benito, el bien llamado Patriarca de los monjes de Occidente y Padre de Europa, a quien San Gregorio llamó «vir Dei», hombre de Dios; o San Beda el Venerable, de quien se dice que fué para la nación inglesa lo que Casiodoro para Italia, Gregorio de Tours para Francia o Isidoro de Sevilla para España. Su doctrina teológica era la de los Santos Padres de Occidente, aunque acomodada a los gustos y problemas del siglo VIII. Habrá que resaltar que una de sus obras, donde recogía aspectos de gramática, la titulada *De Temporum Ratione,* llegaría a ser un manual obligado en las más destacadas escuelas europeas, entre ellas, como es natural, las españolas.

Surgiría despues la Europea de Carlomagno, rey de los francos, la figura más prestigiosa de la Edad Media. Sobradas y seguras fuentes así lo acreditan, tales como documentos diplomáticos, títulos, colecciones de leyes, cartas y otros escritos historiográficos. Bueno sería, aunque brevísimamente, señalar como uno de los grandes asuntos de su reinado fue la expedición a España del año 778. Aunque no le fue nada bien esta campaña a Carlomagno, no por ello deja de ser un acontecimiento que entra con pleno derecho en la historia europea, en la que nuestra patria tiene su protagonismo. No queda España, por tanto, al margen de la coronación de Carlomagno, celebrada el día de Navidad del año 800 en Aquisgrán, por el Papa León III; ni de la posterior leyenda, acreditada dentro de las canciones de gesta del siglo XII (La Chansón de Roland).

Me parecería impropio omitir a otra gran personalidad, un hombre que representa la más poderosa fuerza de la cristiandad del siglo XII. Me estoy refiriendo a San Bernardo, quien, a la edad de 25 años, fundaría el Monasterio de Claraval, que llegó a ser el mayor centro de irradiación cisterciense. Cuando, en 1153 moría Bernardo de Claraval, Inglaterra contaba con 122 abadías cistercienses e Italia 88; las tierras de habla germánica más de 100 y España con 56. Se ha de hacer notar que, en Valladolid, y en el corazón de los montes de Torozos, fue fundada en 1147 una abadía por D.ª Sancha, hermana del rey Alfonso VII, bajo la advocación de Santa María de la Santa Espina, y, por orden de S. Bernardo, llegaron hasta estas tierras montaraces, de robles y encinares, un grupo de monjes blancos, llevando al frente a S. Nivardo, hermano menor del Santo de Claraval.

Pero no fue esto lo único que recibió España de San Bernardo. Además de su labor dentro de la Orden del Cister, redactó los Estatutos de la del Temple, para cuyos caballeros, una vez disuelta la Orden en el Concilio de Vienne (1312), se crearon en Castilla las de Calatrava, Alcántara y Santiago, cuyos blasones, junto al de la aragonesa Orden de Montesa, campean en la fachada de nuestra Academia de Caballería, de la cual son origen aquellas órdenes medievales.

El último cuarto del Siglo XII estaría marcado por la actividad universitaria, llegando a ser ésta una palpable realidad. Las universidades en el siglo XIII se consolidarían como instituciones jurídicas de pleno derecho y la mejor herencia de este siglo en el Viejo Continente. Habrá que destacar cómo las creadas durante el mismo fueron un total de 14. Entre las más antiguas está la de París que, pocos años más tarde, en 1257, pasaría a llamarse

tomando este apelativo de Roberto Sorbón. Adquirió esta Universidad su fama por las enseñanzas de Teología. Descuellan igualmente Montpellier en Medicina, Bolonia en Derecho y Salamanca en Leyes. Con ésta, en España, serían cinco las Universidades fundadas durante aquel siglo, entre ellas la Vallisoletana, mientras que Inglaterra solamente contaba con Oxford y Cambridge.

Otra manifestación del sentir y del vivir cristiano en esta época es el arte románico de la ruta Jacobea y de los territorios de la España conquistada, así como el Gótico Cisterciense son un claro exponente del sentido europeo de España. Más tarde el Renacimiento supuso una gran corriente entre la Florencia de Cosme I de Médicis, casado con Leonor Alvarez de Toledo, hija del tercer duque de Alba, y la España renacentista de Carlos I. Manifestación de este intercambio y este sentir estético común son, en Florencia, Miguel Angel, y, en España, Berruguete.

El sentimiento de Europa es algo tan español que podemos repetir sin rebozo la afirmación de Julián Marías, hace escasas semanas, en el Club Siglo XXI: «España se obstinó en ser cristiana, europea, occidental».

Aún resuena en nuestros oídos el grito de Su Santidad el Papa, lanzado durante el acto europeísta en la ciudad de Santiago (9-XI-82). Tras declarar ser polaco, y, por ello, europeo, y, como sucesor de Pedro, obispo de Roma, exclama «Desde Santiago te lanzo, vieja Europa, un grito lleno de amor: Vuelve a encontrarte. Se tú misma. Descubre tus orígenes. Aviva tus raices. Revive aquellos valores auténticos que hicieron gloriosa tu historia y benéfica tu presencia en los demás continentes. Reconstruye tu unidad espiritual en un clima de pleno respeto a las otras religiones y a las genuinas libertades».

Más aún: el día 2 de enero de este año escribió, con una urgencia que demuestra su inquietud, una carta a los Presidentes de las Conferencias Episcopales Europeas, donde manifiesta: «Europa tiene una particular importancia para la historia de la Iglesia y para la progresiva expansión del mensaje evangélico en el mundo, comenzando desde la época apostólica. Las dificultades en que se debate hoy el Viejo Continente deben de inducir a los cristianos a unir sus fuerzas, descubriendo sus orígenes y avivando aquellos valores auténticos que cimentaron su unidad espiritual y alimentaron la llama resplandeciente de una civilización en la que han bebido muchas otras naciones de la tierra».

Y esto, y nada más que esto, quiero que sea mi pregón de Semana Santa de 1986. Pregón para reavivar el sentimiento cristiano de un pueblo que es y será Europa. Porque estuvimos unidos a través no sólo de unos intereses culturales y económicos, sino sobre todo a través de una religiosidad. Religiosidad que el Vicario de Cristo reclama sea avivada como una de las urgencias de esta Europa de finales del siglo XX.

IV

Antigua tradición la de las vallisoletanas procesiones de Semana Santa, que son cómo una luminaria de espiritualidad frente a la actitud paganizante de estos tiempos. La Ciudad del Pisuerga, fiel a su tradición, se levanta sobre si misma para, cada año y en cada cofradía, poner más alta la llama de su fe, siguiendo el mandato evangélico de poner la luz sobre el candelero.

Vieja tradición que se remonta al siglo XV, y que, con sus altos y bajos, idas y venidas, esplendor y decadencia, ha llegado hasta nosotros cómo algo vivo y vivido por tantos siglos, trascendiendo el aroma de su propio espíritu y reflejando sus constantes a través de tantos documentos. Desde Antolínez de Burgos, que fué el primer cronista de Valladolid, hasta nuestros días, una pléyade de investigadores y eruditos han legado a la posteridad, completa información de cuantos hechos fueron vividos en torno a la Semana Santa Vallisoletana.

Hermosa y comprometida tarea la de rememorar algunos datos acerca de nuestros desfiles procesionales, del hacer de nuestros imagineros, del ajetreo de los preparativos, del dolor de los penitentes, del fervor de los cofrades.

La Semana Santa Vallisoletana, con tan larga historia y tradición, tan arraigada en nuestro arte y en nuestro pueblo, con todas sus peculiaridades no es algo aislado, sino, más bien, es una consecuencia. Una consecuencia de una forma de vida, de unas prácticas de piedad, de un sentimiento en rememorar el drama del Gólgota, de un estilo pedagógico y teológico, de la espiritualidad infusa del pueblo. De ahí que, siendo única la finalidad de la Semana Santa, cada pueblo la celebre de distinta manera.

Esta peculiaridad se acusa claramente en el carácter inicial de las cinco primeras cofradías que se crearon en Valladolid, fundadas entre finales del siglo XV y principios del XVII.

Cofradías pobres, nacidas al amparo de los gremios y de las necesidades, tanto materiales como espirituales; cofradías alumbradas por artesanos, compuestas por gentes del estado llano, los «omes buenos» de la Vieja Castilla, los hombres del común, los hombres del pueblo, los que heredaron un estilo y lo transmitieron con largueza.

En el seno de la Orden Franciscana nacería la cofradía de la *Vera Cruz,* y, aunque ésta naciera pobre, conforme a los postulados de los hijos del Santo de Asís, no es menos cierto que a esa cofradía se debe gran parte del esplendor de nuestros cortejos procesionales.

Podemos comprobar, a través de un «Auto» del Regimiento, (14-3-1498), un dato más de su existencia, ya que en el se expone

la petición de los cofrades de la Vera Cruz ante los señores Corregidor y Regidores, de ayuda para «facer el umilladero que se ha de facer en la Puerta del Campo, donde está puesta la Cruz...»

En 1531, según la tradición, surge la Cofradía de la Pasión, fundada por «ciertos omes buenos de la collación de Santiago», que, junto a la de las Angustias, confirmada canónicamente en 1569, y la de la Piedad, de la que tenemos noticias por el famoso pleito que sostuvo en 1593 con la de las Angustias por lo tocante al horario de sus procesiones, componen las primeras cofradías de las que tenemos noticias documentadas.

A estas cuatro, las más antiguas, habría que añadir otra más moderna, la de Jesús, de la que tenemos datos por aparecer en un documento del cabildo celebrado el 27 de Marzo de 1601.

Estas cinco cofradías, compuestas por hortelanos y hombres del campo, labriegos y trabajadores, fueron el fermento de esta grandiosa manifestación de sentido religioso. Su modestia era grande, pero su Fe mayor. ¿Cómo se explica, si no, que estos «omes buenos», gentes del común, nos pudieron legar tanta piedad y tanto arte?. No olvidemos que, si se leen las listas de cofrades, los apellidos no son nobles y, en algunos casos, cuando se especifica la profesión, nos encontramos con situaciones, tales como la de la cofradía de las Angustias, cuyo alcalde en 1576 fuera Hernán López, de oficio «pellegero».

La vida en la ciudad, por aquellos siglos, tenía una peculiaridad, y era la de sus talleres de escultura y pintura, que satisfacían el profundo deseo de belleza y religiosidad de aquellos tiempos. No sólo existían muchos, sino que, en la España, en la Castilla del

siglo XVI, éstos eran de una gran calidad, ya que se recibía todo el influjo renacentista de la Florencia de los Médicis, que, como una gigantesca noria, regaba con artístico caudal toda Europa. El arte vallisoletano, eminentemente creador de formas, genera escuela: Berruguete, Juni, Becerra, e incluso, Jordán dentro de la escultura, son geniales artistas de primea magnitud. Con otros artistas: pintores, entalladores, ensambladores, batihojas, etc. daban a la Ciudad un aire distinto al entonces usual en cualquier otra población castellana.

De todo este trajín de talleres nacieron los pleitos, pudiendo hoy nosotros, por la documentación judicial, junto a contratos y libros de cofradías, constatar y calibrar mucho de la vida vallisoletana de aquellos siglos en torno a las celebraciones de Semana Santa, como lo recoge Alonso Cortés en su *Miscelanea Vallisoletana.*

Además, el portugués Pinheiro da Veiga nos relata cómo eran las cinco procesiones que, a principios del siglo XVII, él presenció, con una participación de 11.000 hermanos entre los de disciplina y luz. Si tenemos en cuenta que la población por aquellos años era de 30.000 habitantes, advertiremos que la casi totalidad de los hombres vallisoletanos participaban en los desfiles procesionales.

Juan Antolinez de Burgos, en su Historia de Valladolid, escrita por los años de 1625 afirma: «tiene Valladolid cinco cofradías penitenciales que son: La Vera Cruz, La Pasión, Las Angustias, La Piedad y la de los Nazarenos, las tres primeras tienen muy lucidas y adornadas iglesias, donde se ganan muchas indulgencias (...). Las cofradías de la Cruz y la Pasión no sólo tienen su iglesia como queda dicha, sino también sus humilladeros fuera de la ciudad, donde se decía misa cada día y en ellos se ganan indulgencias, el de la Cruz está fuera de la Puerta del Campo y el de la Pasión fuera del Puente».

Igualmente el *Diario Pinciano* del 4 de Abril de 1787 nos informa: «Los «Pasos» que en Valladolid se sacan procesionalmente en la Semana Santa son varias representaciones de los principales de la Pasión y Muerte de Jesucristo, por medio de figuras al natural de exquisita, primorosa y admirable Escultura. Cuando Valladolid no tuviera otros títulos con qué gloriarse sobre las principales Ciudades de España, éstas solas obras bastarían a hacer famoso su nombre en la República del buen gusto de las Artes».

Gracias a estas manifestaciones del Pinciano podemos saber, entre otros medios, cómo se vivían los desfiles procesionales. Pero eso no es todo, ya que más adelante informa sobre la obra de Gregorio Fernández, cuyo 350 aniversario de la muerte se ha celebrado en estos días (22 de febrero) con actos culturales, así como un solemne funeral en la Iglesia de San Ildefonso y una gran exposición con lo más representativo de sus obras en el Museo de Pintura (antigua iglesia de la Pasión). Sobre la obra de este escultor manifiesta: «Ya lo había dicho Palomino en la vida de Gregorio Fernández, autor de los mejores. Este excelentísimo Escultor, aunque natural de Galicia, floreció y tuvo su escuela en esta Ciudad». Afirma posteriormente que son superiores sus obras a las creadas por los mejores artistas de la civilización griega, tales como Polícleto, Mirón, y Fidias, y también superiores, en el decir del *Diario Pinciano,* a las obras de Miguel Angel.

Hace finalmente una petición de altísimo interés a los vallisoletanos. Solicita, que esta herencia cultural y artística, comparable a la de Olimpia, que Píndaro cantara en sus *Olimpicas,* no se limite a la mera existencia, sino que el mismo pueblo se preocupe de conservarla y potenciarla, de modo que Valladolid sea otro gran centro religioso y artístico. «Ojalá -sigue diciendo- que los

Vallisoletanos hubieran creado como los Eléos para los sucesores del escultor ateniense un oficio perpetuo para limpiar, como la de Júpiter Olímpico, estas estatuas del divino Hernández, y conservarlas como él las dejó. Pero ya que se hallan mal cuidadas, a lo menos no permita el Númen Tutelar de las Bellas Artes, que otra mano tosca y ruda se atreva a desfigurarlas con pretexto de composición o retoque». Seria advertencia ésta, que parece sirvió de poco, porque estas esculturas fueron sometidas, a lo largo de los siglos, a reiterados repintes.

Seguidamente nos informará de otros escultores, de otras circunstancias, de cómo los pasos se aúnan para las celebraciones de la Semana Santa y de cómo «el Viernes Santo por la tarde son conducidos los principales en procesión, sostenidos por cincuenta o sesenta hombres: Y cuando éstos no guardan el mejor orden y equilibrio exponen a los pasos a una desgracia, que en el día no podría remediarse completamente con los veinticuatro talentos de la Diana de Efeso».

El día 25 de febrero de 1788 fue un día aciago para la ciudad, que ya había sido castigada en muchas ocasiones con inundaciones y terribles fuegos. En aquella mañana el río Esgueva causa una gravísima inundación que daría mucho que hablar y que recoge el *Diario Pinciano* en varios de sus números. Quiero remitirme al publicado el miércoles día 25 de Junio, cuando se restituye a su Iglesia la Virgen de las Angustias, que había sido depositada en la Santa Iglesia Catedral por temor al hundimiento de la suya, y en tanto se reparaba la misma. El fervor del pueblo queda debidamente constatado en este diario, donde se dice que «el Ilmo. Cabildo, que en todo este tiempo ha obsequiado con el debido culto a tan Soberana Huéspeda, salió a despedirla después de una Solemne Salve, que cantó la

Música. (...) La Santa Imagen fué conducida procesionalmente, y cantando el rosario por las mismas calles, por donde fué traída a la Catedral, y acompañada de la Rev. Comunidad de S. Pablo, y del lucido y numeroso concurso de fieles, con velas y hachas encendidas: escoltándola también la Tropa y Música del Regimiento Provincial de Milicias».

Sigue la crónica de este acontecimiento informando de cómo se incorporó a dicha procesión el paso del Santo Sepulcro, del canto de la Letanía, del costo de las obras, con la aportación de los devotos y de cómo la Sra. Marquesa de Camarasa «dió para este fin 5.600 reales» por lo que la Cofradía en agradecimiento, celebró un oficio de Difuntos por el alma de la madre de dicha señora, «haviendo gratificado S.E. en dicho día 15 a la Tropa con 640 reales».

Es evidente que, con el paso de los años, algunas cofradías habíanse aburguesado, de manera que las que antes acogieran a artesanos y menestrales, ahora tenían en su seno a abogados, hombres de justicia y nobles, que al igual que el pueblo llano seguía fiel a sus creencias, a sus convicciones, a una herencia piadosa de siglos.

No sería bueno ocultar que en todos los tiempos hubo luces y sombras, altos y bajos. Así llegamos a nuestro siglo, cuando el insigne Arzobispo Gandásegui volvió a poner en el lugar tradicional la Semana Santa, después de una larga y oscura etapa de decadencia durante gran parte del siglo XIX y primer tercio del XX.

Cada anochecer no deja de ser el preludio de una nueva alborada. Esa alborada que hizo surgir toda la Piedad y todo el Arte de un pueblo que sin renunciar a sus fiestas populares de toros, cañas y mascaradas sabe también concentrarse en el silencio contemplativo

de la Redención, para rendir culto a Dios, exhibiendo los monumentales pasos que el arte de los más grandes imagineros nos legó.

Es más. Hubiera sido imposible el resurgimiento de nuestra Semana Santa en este siglo si no hubiese encontrado el apoyo generoso de los «omes buenos» que hacen la realidad vallisoletana del siglo XX. Asombrosa realidad la de sostener, remozándolas, estas cinco antiguas cofradías, para proyectarlas sobre el presente con actualidad y vigor. Desde que en 1929 se fundaron las cofradías de las «Siete Palabras» y de la «Preciosísima Sangre», hasta nuestros días, son un total de 18 las cofradías, que con cerca de 10.000 cofrades y más de 3.000 hermanas de devoción, hacen de la Semana Santa Vallisoletana una espléndida realidad popular y religiosa.

V

Realidad, sí, realidad que se repite también allende los mares. Porque a la hora del atardecer de cada Viernes Santo Castellano, hay miles de otros pueblos que reviven un drama semejante. Cambian los hombres y el paisaje, pero sigue firme la Fe y la Liturgia.

La Meseta Castellana, se ha trocado de repente en los ubérrimos valles de la altiplanicie andina, en las verdes inmensidades de la Pampa, en las ricas tierras de Colombia y especialmente de Popayán. El viejo paño pardo de la capa castellana, tejido con lana merina, se torna en poncho urdido con pelo de vicuña o en la ruana de Colombia, pero el hombre, la fe del pueblo, es la misma y sigue firme. Así lo quiso la Reina Católica aquel día otoñal de 1504, cuando en Medina del Campo, estaba a punto de entregar su alma al Todopoderoso, haciendo resonar la austera habitación con la voz que dictaba sus últimas voluntades: «por cuanto que al tiempo que nos fueron concedidas por la Santa Sede Apostólica las Islas y Tierra Firme

del mar Océano, descubiertas e por descubrir, nuestra principal intención fue... de procurar e ynducir a traer a los pueblos dellas e los convertir a nuestra Santa Fe Cathólica».

El motivo fundamental de la Reina de Castilla para la empresa americana fue, sin lugar a dudas, el de evangelizar a los pueblos y llevarlos a la fe. Los sucesores de la Católica Reina tuvieron también, como una de sus primeras preocupaciones la evangelización de los Indios, sin ahorrarse para ello esfuerzo alguno, ya que, como dicen las Ordenanzas Reales de 1563: «tendríamos en poco todo lo que se pudiera gastar de nuestra Real Hacienda para tan Sancto efecto».

Cuando en el año 1958 se conmemoraba el IV Centenario de la muerte del Emperador Carlos V, los monjes Jerónimos habitaban otra vez el Monasterio de Yuste. De allí salieron con motivo de las medidas desamortizadoras, volviendo de nuevo gracias a la generosa cesión de los señores Marqueses de Mirabel. Quedó así patente una vez más, la trayectoria de su linaje no sólo honrando y perpetuando la memoria del Emperador, sino en su servicio a España y a la Orden Jerónima. Ese mismo año, y allende de nuestras fronteras oceánicas se celebró en Popayán (Colombia) el cuarto centenario de las procesiones de su Semana Santa.

La Semana Santa de Popayán es un claro exponente de la realidad evangelizadora de España en el Nuevo Cotinente, y de Castilla y de Valladolid de una manera especial, porque aquí (26-VI-1538) se firma el título de la ciudad y la concesión (10-11-1558) del Escudo de Armas, con lo que no tiene nada de particular que también recibiera la impronta de la religiosidad vallisoletana, y, como su mayor exponente, el de su Semana Santa.

Así el Maestro Valencia, refiriéndose a la de Popayán, en 1937, escribía: «Todavía hace algunos años muchos de los que hoy alentamos, vimos aquel inolvidable espectáculo en que la ciudad, ceñida por una corona de fuego formada por miles de hachones, resplandecía bajo la gracia de un silencio que sólo turbaban los himnos santos o el grave «Miserere».

Esta manifestación de quien fuera natural de Popayán, gran diplomatico, presidente de Colombia y poeta universal, nos da la medida del sentir de este pueblo colombiano, con la austeridad reflejada en el silencio. Sus procesiones tienen un especial parecido con las castellanas: sobrias de adornos, modestas túnicas, silencio absoluto.

Solamente las flores dan un significado cada día, ya que las que adornan los pasos que desfilan el Martes Santo han de ser blancas, figurando la pureza de la Víctima; las del Miércoles de color rosa, expresando el gozo de todos los hombres por la inmediata redención; y la floración del Viernes Santo a de ser morada en recuerdo de la penitencia de la pecadora Humanidad. Once pasos procesionales ponen la nota de religiosidad más alta en la noche del Viernes Santo, y la Virgen de la Soledad cierra el desfile. Es una imagen de origen español, con dos diamantes por lágrimas, andas y trono adornado con carey y plata.

Popayán es una muestra más de una espiritualidad vivida en torno a la Semana Santa de la Iglesia Católica. Esta espiritualidad queda fielmente reflejada en un testimonio firmado en la ciudad colombiana el Sábado Santo de 1950 por el Cardenal Baggio, cuando afirma «no sé a qué tributar de preferencia mi sincera admiración, si a la subjetividad del clásico marco en que se desarrollan los imponentes

desfiles o a la severa belleza de los pasos, a la ufanía con que Popayán mantiene intacta esta gloriosa tradición cuatricentenaria o al esmero con que la Junta Permanente Pro-Semana Santa se preocupa por abrillantar cada año más la máxima reseña del viejo catolicismo de esta ciudad...»

Esa piedad de siglos. Ese silencio elocuente, esa tarde de Viernes Santo; se conmemora más allá de los mares, gracias a ese impulso evangelizador de la España de los siglos pretéritos, de esa España que se prepara para conmemorar el 5.° centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo y que debe de estar más que nunca atenta y comprometida con el mensaje del Vicario de Cristo: «Tu puedes ser todavía faro de civilización y estímulo de progreso para el mundo. Los demás continentes te miran y esperan también de tí la misma respuesta que Santiago dió a Cristo: Lo puedo» (Santiago de Compostela 9-XI-1982).

VI

Por todo ello, este pregón, proclamado en el incomparable marco de la centenaria Iglesia de San Benito, ante el grupo escultural y procesional *«Mulier, ecce filius tuus»* en esta noche de Viernes, ha de ser una llamada desde Castilla a todos los pueblos del Viejo Continente y a los que componen la Comunidad Hispánica. Llamada, no desde la nostalgia, sino desde la responsabilidad de ser Valladolid, un rincón de Castilla, donde la Redención se hace carne en la madera. Un lugar de Castilla que ilustres visitantes de todos los siglos fueron engrandeciendo con sus crónicas. Así, el italiano Navaggiero, -el mismo que en los granadinos jardines convenciera a Juan Boscán, luego seguido por su amigo Garcilaso, de introducir la poética italianista en España- señaló a Valladolid como la mejor tierra de Castilla la Vieja. Por ello mi pregón ha de ser una llamada a visitar esta tierra y esta ciudad siempre, más y sobre todo durante la Semana Santa. Porque verás una ciudad crecida y remansada, alta de cielo, como si la Torre de la Antigua, viva jaculatoria en súplica

divina, necesitase más espacio para elevarse. Ciudad maternal, como una madre labradora que abre sus manteles para repartir el pan candeal, hecho de trigo amasado con primor.

Porque es Valladolid, cuna de reyes y de santos, lugar de cortes y de bodas reales, sepulcro de D.ª María de Molina, espacio de tiempo y lugar donde Colón entregó su alma a la eternidad, donde puedes contemplar, vivir y participar en las grandes solemnidades de la Semana Mayor de la Iglesia Universal.

Porque en Valladolid dejaron la impronta de su arte hecho carne en la madera los más grandes escultores de nuestra época más esplendorosa, con trabajos muy bien acabados. Ese trabajo con el que nuestros escultores se santificaron y nos legaron su buen hacer.

Berruguete, cincel apasionado que lacera la carne y el espíritu, formando sus contorsionadas imágenes llamas de dolor en carne viva, en doliente y agónico escorzo, en pugna con lo transcendente que se adivina en la mirada.

Juni, firmeza ante el dolor, adivinándose en el gesto un rayo de esperanza que traspasa las tinieblas, ascendiendo a los cielos la oración sufriente en místico ademán.

Fernández, serenidad ante el dolor, que se remansa en los cárdenos atardeceres de sus Cristos Yacentes y es esperanza enamorada en las Virgenes, transmitiéndose por la talla un hálito sobrehumano que traspasa los límites de la madera.

Es en Valladolid donde los pasos procesionales de la Semana Santa son el más claro exponente teológico del drama del Gólgota. Es

en Valladolid donde, entre las luces de los recios hachones, las sombras de los pasos y el sobrenatural silencio, el aire se «viste de hermosura y luz no usada», haciéndonos penetrar en el misterio del Calvario, escándalo y locura en un mundo, en una sociedad, que se tambalea, perdidas todas sus reservas morales. Y en Valladolid, alma de Castilla, encontramos la fuente y el origen de la llama que, extendida por España desde el orto del sol hasta el ocaso, iluminó a otros continentes.

Desde la gran alegría de las palmas batidas por el aire del Domingo de Ramos, al gozoso repique de las campanas en el de Gloria, un transcurrir de procesiones va mostrando, dentro de la austeridad castellana, -paño pardo y blonda negra-, las interioridades del alma de un pueblo que reza en silencio, callada y fervorosamente.

Una vez más, dentro de breves días, aparecerá la ciudad del Conde Ansúrez cuajada de luz y engalanada con olivo, y el ardor infantil gritará ¡Hosanna!, para dar paso, a primera hora de la tarde, al traslado del Santo Cristo de Laguna de Duero hasta nuestra ciudad.

El Santísimo Rosario del Dolor rezuma en la tarde del Lunes Santo aroma materno-filial, y los primeros clarines desgarrados, el ronco gemido del tambor por las calles de Platerías y Regalado irán abriendo las ventanas y balcones a los pasos de los Misterios de Dolor, entrelazándose la plegaria con los últimos rayos del crepúsculo. Más tarde, bajo el cielo oscuro tachonado de estrellas, que son lágrimas, la procesión de la Buena Muerte colocará los primeros claveles de sangre sobre los pies del Santo Cristo que se venera en la Antigua, alumbrado por la cofradía de la Preciosísima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo.

La ciudad se conmueve, vibra, en las solemnidades del Martes Santo. Aunque algunos salgan de Valladolid, en busca del descanso en el mar o en la montaña, gentes de lejanas tierras europeas, hoy como ayer, llegan, acaso tan sólo para saciar su curiosidad, quiza para alimentar su espíritu sediento de belleza, acaso para enriquecer su fe, o tal vez para descubrir un nuevo camino inopinado. Y la procesión de la Santísima Virgen con su Hijo en la calle de la Amargura acentuará la Piedad y el recogimiento. No son las calles muy estrechas, quedan pocas casas blasonadas, pero para el dolor que Juni encarna en la madera de la Virgen de los Dolores sigue siendo el «Encuentro con su Divino Hijo», el encuentro de todos y cada uno de nosotros con el dolor y la esperanza de la Madre de Dios.

Cuando el Martes Santo se ha cerrado en la noche y en el silencio, ya casi todas las cofradías y hermandades están dando fin a sus actos cuaresmales y de devoción. Triduos, quinarios y novenas han ido preparando a los cofrades para entrar de lleno en la magna celebración, y con el silencio de la noche partirá de la Iglesia de la Vera Cruz la procesión de la Peregrinación de la Promesa con el paso de «Nuestro Padre atado a la columna»

El aura de la noche estremecida,
va redimiendo estrellas por los cielos,
cuando a la sangre fresca en tus flagelos
le van naciendo rosas por tu herida.

Tus manos fuente son, Señor, de vida
como palomas que retoman vuelos,
naciendo están auroras y desvelos
en amapola roja florecida.

Gime la sangre inquieta, cuesta arriba,
por ascender la vida redentora,
hecho dolor y lámpara votiva.

Quiero vivir tu muerte triunfadora
donde el alma se aquieta y se cautiva,
cuando el Calvario te alze en luz de aurora.

La tarde del Miércoles Santo, ya sin la liturgia del Oficio de Tinieblas, sentirá el dolor del Vía Crucis procesional, que recorrerá las principales calles de la ciudad con el «Cirsto de la Agonía» portado a hombros. Al filo de la media noche dos procesiones y una peregrinación nos hablarán de piedad con el paso de la «Quinta Angustia», y se nos invitará a la paz y a la reconciliación con el «Ecce Homo» portado a hombros por los cofrades de las Siete Palabras, y de consuelo en el acto penitencial que se celebrará en esta Iglesia Conventual de San Benito, con lo que la jornada habrá madurado el espíritu preparándonos a mayores acontecimientos.

Con la alborada del Jueves Santo todo se trocará en albura. Blanco el mantel, puro el espíritu, limpio el cuerpo. Cada cofrade, cada hermana de devoción, cada cristiano sabe que el Jueves de la Cena todo tiene un sabor especial, porque el Amor se hace Eucaristía. Y el Sacramento de la Confesión nos preparará para el Banquete del Amor.

Dios hecho carne, en su infinita generosidad, quiso no sólo legarnos su espíritu sino quedarse con nosotros en la esencia misma de su Cuerpo. Y toda su inmensidad se encierra en un trozo de pan y en un poco de vino, realizando de este modo el mayor de los milagros. Realidad perenne que se renueva cada día en el Santo

Sacrificio de la Misa. El milagro cristiano por excelencia de la renovación incruenta del Sacrificio del Gólgota, se repite diariamente en cada altar y en las manos de cada sacerdote. Lo sobrenatural se convierte en cotidiano, como un mensaje de paz que se cierne en lo inmenso de la Humanidad de Cristo: «Mi paz os dejo, mi paz os doy» (Jn. 14-27) para que en humildad nos acerquemos a Ella y que nuestro corazón abierto se esponje y absorba la grandiosidad del Amor de Dios por todos los Hombres. ¿Cabe acaso mayor generosidad sobre el maltratado espíritu humano?

Desde la mañana, normalmente radiante, del Jueves Santo, hasta la media noche, que marca el dolor del Viernes, la jornada está impregnada de Eucaristía.

Procesión de Penitencia y Caridad, para acercarse penitencialmente al dolor humano de quienes en Hospitales sufren. Los ilustres Colegios de Abogados y Médicos, así como la Excma. Audiencia Territorial, junto a los cofrades, irán poniendo en la tarde del Gran Amor el sentido de la entrega y caridad hechas de vino y pan.

La Catedral Vallisoletana, las parroquias, los recoletos conventos de clausura quemarán incienso, lavarán piés, celebrarán solemnemente la Santa Misa «In coena Dómini» y Cristo, Hostia, se quedará entre candelas encedidas y claveles blancos, preso de Amor en el más rico tabernáculo que cada Iglesia posea. Después se rezarán en continuado peregrinar las Estaciones Sacramentales, mientras la Procesión de Nuestra Señora de la Amargura, por la popular bariada de las Delicias, y la de la Sagrada Cena, por Chancillería, San Martín y Solanilla, irán desprendiendo destellos de entrega generosa invitando al gran Banquete del Amor. La ciudad se agiganta de patente misticismo. Las mujeres vallisoletanas lucirán

las más bellas mantillas y todo, todo rezumando Amor, nos va introduciendo en el momento sublime de la constitución de la Eucaristía. Es la tarde del Jueves Santo, la hora de la cena. Cena de pan y vino, encuentro de Amor. Cuando la atardecida y el ocaso devuelven la quietud al páramo y los hombres se recogen... El manto de la noche cubre a la ciudad agigantada en su religiosidad, ésta acalla su llanto con la peregrinación del Silencio y las procesiones del Santo Entierro y la de Oración y Penitencia.

Aún faltan varias horas para que el Viernes Santo crezca en alborada y sin que llegue a hacerse el silencio en las viejas rúas vallisoletanas, todavía el murmullo de las oraciones y cantos gregorianos no se han apagado. Se inicia la Procesión de Sacrificio y Penitencia. Son las cuatro y media de la madrugada. Desde la Iglesia Penitencial de Ntra. Señora de las Angustias y alumbrada por su cofradía, partirá la procesión con el Santo Cristo en la Cruz, llamado de los Carboneros. Todo el silencio de la madrugada se resiente como si una daga hiriera el corazón silente de la ciudad dormida. Pero la ciudad no duerme, ni reposa, ni descansa. Es Viernes Santo. Es la jornada cumbre del dolor y de la Esperanza... y la Ciudad Pinciana, sin haberse retirado, está otra vez en pie y en murmullo de oración... y de corazón contrito.

Los primeros rayos de la aurora van iluminando las viejas torres de la antigua ciudad. Sin que la mañana se haya desperezado desfila la procesión del Vía Crucis con la Cruz Desnuda. «Cuando veas una pobre Cruz de palo, sola, despreciable y sin valor... y sin Crucifijo, no olvides que esa Cruz es tu Cruz: la de cada día, la escondida, sin brillo y sin consuelo..., que está esperando el Crucifijo que le falta: y ese Crucifijo has de ser tú» (Camino, 178).

A esa misma hora, a las ocho de la mañana, el pregonero del Sermón de las Siete Palabras irá poniendo en todas las esquinas esa llamada, ese aldabonazo para que el pueblo acuda a su Plaza Mayor. El medievo se hace nueva realidad a la hora de convocar al pueblo.

Acude, pueblo fiel al Mediodía
a la Plaza Mayor, de duelo rota.
Acude, pueblo fiel, que ya se nota
de nuestro Redentor pronta agonía.

Acude, pueblo fiel, que todavía
es tiempo de esperanza, y no se agota
todo el caudal de Dios, en donde brota
la fuerza del Amor en profecía

Siete palabras, llanto cristalino,
brotarán de su boca generosa
con la verdad de ser nuestro camino,
con el aroma fresco de la rosa.
No ciegues la esperanza a tu destino
que la vid con el Cáliz se desposa.

Todo el pueblo, las emisoras de radio, los más avanzados medios de comunicación social están preparados, presentes. Por todas las calles se nota un murmullo. Se amalgaman las gentes. Visitantes y turistas con los Hermanos Cofrades y Hermanas de Devoción van llenando la Plaza Mayor vallisoletana, como otrora se hiciera en bodas y coronaciones reales u otros fastos parecidos.

El contraste del color de las túnicas con las negras mantillas no es el único ni el mayor espectáculo de este mediodía del Viernes Santo.

En la Plaza Mayor presidida por el paso monumental *«Inter scelestos, innocens»,* el espectáculo es piedad, devoción, recogimiento externo e interno, el propósito de seguir, el deseo de mejorar en esa vida interior que cada cofrade guarda en el sitio más recóndito de su alma.

Venid a Valladolid, acudid a esta ciudad, hombres fatigados, mujeres cansadas, madres de todas las latitudes, padres que lleváis el peso de la vida. Ancianos de caras apergaminadas, niños en cuyos rostros brilla la esperanza.

Acudid jóvenes, porque os hierve la sangre y necesitáis sosiego, trabajo y reflexión. Acudid todos los «omes buenos» del Valladolid de siglos, del Valladolid industrial y agrícola, del Valladolid del paro y de la pobreza, del Valladolid burgués y artesano: para todos hay lugar en este templo que es la Plaza Mayor en ese instante en que el «Sermón de las Siete Palabras» se hace, un año más, eco en toda España, en Europa, en el mundo. Para todos hay una palabra de consuelo, un estímulo, un sentimiento de esperanza y sobre todo de amor, porque agoniza el Amor de los amores para consumar la Redención del mundo.

El mediodía del Viernes Santo de Valladolid es otra cosa, es distinto, es algo que hace que todo gire en torno a este acontecimiento. Acontecimiento del que hasta el aire participa:

Estoy bebiendo el aura en la llanura
y sintiendo tu grito encandilado.
Soy el aire vibrante, encadenado
del Cáliz de dolor que tanto dura.

Desde el árbol en cruz toda ventura
proclamas tu perdón bien proclamado.
Con tu santo perdón has perdonado
incluso a los verdugos, con premura

Quiero ser huracán de tu deseo
y dejar en los hombres tus señales,
cabalgar por la tierra, en jubileo,

otorgando el perdón sin litorales,
y en absorto tropel, y sin rodeo,
proclamarlo en los puntos cardinales.

A primera hora de la tarde las Iglesias van celebrando la liturgia del día para, en ordenado ir y venir, organizar el gran desfile procesional de la Sagrada Pasión del Señor.

Un batir de palomas irá poniendo un murmullo especial de oración en esta tarde de dolor y esperanza, de cárdenas luces y de litúrgico silencio.

Autocares y coches, trenes y otros medios de locomoción se van dando cita en la ciudad del Pisuerga.

Sigue resonando por cada esquina una oración o un toque de clarín destemplado. Siguen estando aquí y allí todas las imágenes de palo, hechas oración y llanto en la madera. El ánima de los grandes imagineros castellanos, sobrevuela la ciudad, junto a las de los millones de cofrades que a través de la historia han sido y siguen siendo el hálito y el sustento de la fe y de la religiosidad vallisoletana.

Veintinueve pasos y dieciocho cofradías están en pie. La ciudad recogida. Los balcones y ventanas, no sólo abiertos, sino repletos de gente. Las calles por donde el cortejo desfila van llenando sus aceras, se habla a media voz, casi por señas.

La tarde, lentamente, va discurriendo, y a las ocho y media, todo un tropel de luz y color, en oración lenta, inicia su recorrido entrecortado por el llanto fúnebre de alguna marcha, por la oración de algunos cofrades, por el gemido seco de algunos tambores, por el roce con el suelo de cadenas que muchos penitentes descalzos llevan humildemente, junto con una cruz de pesado pino.

Algún poeta, también desgranaría su huella entrecortada, lírica y devota:

Fué un hontanar divino desbordado
que me duele en el alma estremecida,
en manos de Dios Padre está la herida
y tu espíritu bien reconfortado.

Nos dejaste la llaga del costado
y el trigal de amor de tu partida
y el vino de tu sed de nueva vida
en palabra de fuego enamorado.

Atardece, Señor, y el Padre Eterno
recibe tu holocausto de agonía.
Se nos troca la tarde en frío invierno.

Más tu carne hecha pan de Eucaristía
nos librará del llanto del Averno
en la Resurrección de tu alegría.

Y así, y durante un largo recorrido de tres horas, la ciudad es toda procesión y la procesión es toda silencio,y el silencio es todo llanto, y el llanto es todo oración.

Desde el paso de la Sagrada Cena, en la que muestra Jesús con singular solemnidad el fruto de la espiga y de la vid, hasta el sereno dolor de la Virgen de las Angustias, veintinueve «pasos» alumbrados por dieciocho cofradías, van poniendo en la noche castellana todo el drama del Gólgota: La Verónica y el Cirineo, nuestro Padre Jesús Nazareno y el del Perdón, los preparativos de la Crucifixión, las Siete Palabras representadas en siete monumentales «Pasos», el Descendimiento y las Dolorosas, serenamente doloridas, desfilan entre interminables hileras de cofrades que como los antiguos hermanos de luz, dan escolta silente a esta noche de dolor, cuando se empieza a columbrar el aroma de la resurrección de Cristo.

Bendito dolor que encuentra consuelo y firmeza para luchar en la Cruz redentora, cuando la sangre inocente del terrorismo, la presión que viola los derechos humanos, el hambre de esos ocho millones de españoles que según Cáritas Española están por debajo del umbral de la pobreza, son un grito común, que mediante el sentimiento religioso, encuentra esperanza y fuerza para lanzar hoy mismo su petición, en esta tarde vallisoletana, como una proclama de justicia, de amor y de trabajo.

Horas más tarde, una multitud de mujeres vallisoletanas acompañarán a María Madre del Amor y de la Soledad, del Gozo y de las Angustias, del Dolor y de la Esperanza en su recorrido que, iniciado a las doce y cuarto de la noche, se recogerá en procesión de Soledad, allá cuando casi el Sábado de Gloria se hace alborada: ¡Oh Clementísima! ¡Oh piadosa! ¡Oh dulce Virgen María!.

Más la Vera Cruz, de nuevo otra vez, en el Sábado Santo, será receptora de todo el dolor humano, ante la proclamación como Reina del Dolor.

Quisiera ser, Señora, aquella encina
o aquél pino crecido en paramera,
tallada tu escultura en mi madera.
Ser manantial de linfa cristalina.

Ser aquél resplandor que se adivina
en manos del artista yo quisiera
para esculpirle el alma a la manera
que sobrevuela el mar la golondrina.

También quisiera ser, humildemente,
la gota de rocío en tu besana.
Ser siempre de tí verso trascendente.

Ser de tí campanil y ser campana
y poderte anunciar eternamente,
como Señora y Madre Soberana.

Las palomas que en la tarde del Viernes Santo se recogieron en oración, estallarán de gozo con la Resurrección de Cristo Redentor, y el Domingo de Pascua Florida será el culmen glorioso, la apoteosis del Amor de Dios a los Hombres y, entre el volteo de campanas, la procesión del Encuentro de Jesús Resucitado con la Virgen de la Alegría, proclamará el símbolo de nuestra fe en el evangelio. Por lo que todo hombre se siente gozosamente redimido.

Venid a Valladolid, sí. Más cuando la Semana Santa de 1986 haya concluído, llevad el calor de nuestra fe allá de donde procedáis y proclamad sin rubor que estas tierras castellanas, de la antigua Hispania, del Viejo Continente, son un lugar de fe y de encuentro, de trabajo y de alegría, de amor y de esperanza.

Valladolid es lugar por donde dejaron su huella importantes acontecimientos, pero, sobre todo, es lugar *Donde la Redención se hace carne en la madera.*

He dicho.

EDITA: Ayuntamiento de Valladolid y
Junta de Semana Santa.
IMPRIME Y COMPONE: Imprenta Municipal.
FOTO PORTADA: José David Redondo.
FOTO INTERIOR: Carlos.
DEPOSITO LEGAL: VA-556-86.